

ningún crítico español», y cierto uno y otro escritor no andan exagerados al ponderar este escrito.

Inflamado el maestro Francisco de Medina en patriótico ardor y desatando, según la expresión de Cervantes,

Los ríos de elocuencia que del pecho  
del grave antiguo Cicerón salieron,

no acaba de maravillarse de que «habiendo sido natural pretensión de las gentes vencedoras procurar extender el uso de sus lenguas al igual de los términos de sus imperios y levantarlas á la cumbre de la perfección con la pujanza del imperio, los españoles hayan sido tan flojos que, habiendo domado con singular fortaleza y prudencia casi divina el orgullo de las más poderosas naciones y levantado la majestad del reino de España á la mayor altura que jamás alcanzaron fuerzas humanas, descuidan el pulir y perfeccionar su lengua», descuido que aparece tanto más grave, dice, cuanto «nos ha cabido en suerte un habla tan propia en la significación, tan copiosa en los vocablos, tan suave en la pronunciación y tan blanda para doblarla á cualquier parte que más quisiéremos.»

Á cuatro causas atribuye el insigne escritor el no haber logrado la lengua castellana la perfección que para ella anhela, es á saber: la dificultad que tiene en sí cosa de tanta importancia como es ésta; la ignorancia de las doctrinas cuyo oficio es ilustrar el entendimiento y adornar pulidamente las razones con que declaramos los pensamientos del alma; el depravado parecer que se arraigó en los ánimos de algunos hombres doctos, los cuales, cuanto más lo eran, tanto juzgaban á mayor bajeza hablar y escribir la lengua común, y, finalmente, el haber habido en España muy pocos autores que como caudillos guiasen á los demás «por medio de la aspereza de aquesta barbaria».

Sin duda alguna el maestro Medina pinta con colores demasiado vivos el abatimiento en que supone á la lengua castellana, y no menos exagera la escasez de libros bien escritos que poseía en aquel tiempo nuestra literatura, hasta el punto de no parecerle ninguno perfecto, sino las obras de Garcilaso de la Vega, atreviéndose á decir de Fr. Luis de Granada (á quien llama, aun viviendo Fr. Luis, «honra de Andalucía y maestro incomparable de discreción y santidad») que «arrebatado en la contemplación de las cosas celestiales, tal vez desprecia las del suelo, y en sus descuidos procura dar á entender cuán poca necesidad tiene la bondad y la eficacia de la cristiana doctrina del aparato de las disciplinas humanas». Sería ciertamente curioso saber las razones en que se fundaba el maestro Medina para hablar, como lo hace, de Fr. Luis de Granada. Ciertamente no pensaba así otro maestro de tanta autoridad como él por lo menos, el docto Ambrosio de Morales, que decía de Fr. Luis (1) que había hablado «de las cosas celestiales con tanta lindeza, gravedad y fuerza en el decir, que parece no quedó nada en esto para mayor acertamiento».

Mas descartando este error del maestro Medina, en todo lo demás tiene razón que le sobra. Su voz es la voz de la discreción y del buen gusto. Su elocuencia es tan persuasiva y arrebatadora que no hay forma de resistir á ella; sus palabras se imprimen en el alma con caracteres indelebles, de suerte que no hay español que no sienta inflamársele el pecho al leer aquellas cláusulas admirables, en las cuales pondera la elegancia y grandeza y primor de nuestra lengua, y recomienda la necesidad de los estudios ó disciplinas que pueden conducir á granjearle mayor perfección ó hermosura.

(1) En el prólogo ya citado á las obras del maestro Pérez de Oliva.

De la ignorancia de estas disciplinas nacieron, según el maestro Francisco de Medina, los vicios que afeaban entonces el habla castellana; los cuales, dice, «se han endurecido tanto con los años que apenas se pueden arrancar del uso, y si alguno lo intenta es aborrecido y vituperado como hombre arrogante que, dejando el camino real que hallaron nuestros pasados, sigue nuevas sendas, llenas de aspereza y peligros, como si la conformidad con la muchedumbre, guiada por su antojo sin ley ni razón, debiese ser regla inviolable de nuestros consejos». Vencidas y quitadas estas causas, espera el maestro Medina que el lenguaje castellano se acendrará y purificará con la lumbre del arte, «que es guía más cierto que la naturaleza». Y entregándose á la esperanza de que por los esfuerzos de los cultivadores de los buenos estudios, afirma que «se comenzará á descubrir más clara la gran belleza y esplendor de nuestra lengua, y todos encendidos en sus amores la sacaremos del poder de los bárbaros»; «encogeráse, añade, de hoy más la arrogancia y presunción de los vulgares que, engañados con falsa persuasión de su aviso, osaban recuestar atrevidamente esta matrona honestísima; incitaránse luego los buenos ingenios á esta competencia de gloria y veremos extendida la majestad del lenguaje español, adornada de nueva y admirable pompa, hasta las provincias donde victoriosamente penetraron las banderas de nuestros ejércitos».

Jamás se vió esperanza más de todo en todo realizada que esta «nueva y admirable pompa» que el escritor sevillano auguraba para «la majestad» del lenguaje español.

Fueron los primeros en procurársela aquellos cuyo ingenio llama Platón cosa etérea y alada, digo, los cultivadores del arte milagroso de la poesía, cuyo fin es embellecer los pensamientos con la lindeza de las palabras y aderezarlos con formas nuevas y elocuentes, «abriendo de esta manera camino,

según enseña Cervantes (1), para que los ánimos estrechos que en la brevedad del lenguaje antiguo quieren que se acabe la abundancia de la lengua, entiendan que tienen campo abierto, fácil y espacioso por el cual puedan correr con facilidad y dulzura, con gravedad y elocuencia».

Años antes que sonase á orillas del Betis la voz vengadora de la cultura de nuestra lengua, el ilustre Garcilaso de la Vega,

tomando ahora la espada, ahora la pluma,

había escrito aquellos poemas dulcísimos en que el habla castellana ostenta su fluidez y gallardía en tanto grado que hacen verdadero el dicho del ya citado maestro Medina (2), es á saber, que «la lengua de Garcilaso será la lengua que escogerán las Musas siempre que hubieren de hablar castellano». Pero el ensayo ó esfuerzo del poeta toledano, como los de otros muchos, no tuvo las consecuencias que naturalmente había de tener. Sus versos si despertaron la admiración, no lograron formar escuela. Fueron como aquellos astros hermosos por su brillo, pero que vagan solitarios por los espacios celestes.

No así aquel poeta insigne á quien la escuela sevillana reconocía y acataba por adalid y á quien seguían los ingenios más floridos de la Andalucía, guiados y enardecidos por los consejos del maestro Francisco de Medina. Rara vez ha habido escritor que tuviese más títulos para ser cabeza de escuela, y rara vez ha habido discípulos que con tanto entusiasmo siguiesen las enseñanzas de su maestro. Dotado de gallardo entendimiento, no menos que de costumbres honestísimas, Hernando de Herrera pudo aspirar á los cargos más honrosos y brillar en cualquier

(1) En el prólogo á *La Galatea*.

(2) El maestro Francisco de Medina en el prólogo á las *Notas de Herrera á Garcilaso*.

carrera que emprendiese; pero, llevado de la fuerza de la naturaleza, tomó por ocupación principal de su vida el estudio de las letras humanas, enamorándose de ellas en tanto extremo que, como dicen de él sus contemporáneos, «después de leer los más libros que se habían escrito en romance, quiso aprovecharse de las lenguas extranjeras, así modernas como antiguas, para el fin de levantar y hermohear la propia castellana» (1).

Tenía altísimo concepto de grandeza y majestad de la lengua castellana. «Es la nuestra, dice, grave, religiosa, honesta, magnífica, suave, tierna, afectuosísima y llena de sentimientos, y tan copiosa y abundante que ninguna otra puede gloriarse desta riqueza y fertilidad más justamente; no sufre ni permite vocablos extraños y bajos ni regalos lascivos; es más recatada y observante que ninguna; tiene autoridad para osar innovar alguna cosa con libertad, porque ni corta ni añade sílabas a las dicciones ni trueca ni altera formas, antes toda entera y perpetua muestra su castidad y cultura y admirable grandeza y espíritu con que excede sin proporción á todas las vulgares, y en la facilidad y dulzura de su pronunciación.» Y en virtud de esta idea que tenía de la lengua de que había de usar no se satisfacía con elegir para el fin de enaltecerla lo extremado que admiraba en las demás, sino que buscaba y procuraba con el entendimiento, como él decía, «modos nuevos y llenos de hermosura». Siguiendo las enseñanzas de Medina, que largamente hemos referido, «no piense alguno, añadía Hernando de Herrera (2), que está el lenguaje español en su última perfección y que ya no se puede hallar más ornato y variedad», como quiera que, «en tanto que vive una lengua y se trata, no se puede decir que ha hecho curso, porque siempre se alienta

(1) El autor de su elogio en el *Libro de la descripción de retratos de Francisco Pacheco*.

(2) En las *Notas* á las obras de Garcilaso de la Vega, p. 294.

á pasar y dejar atrás lo que antes era estimado». Y encarándose con los que pretendían condenar por su propio juicio lo que les parecía digno de censura, sin tener cuenta con la movilidad y perpetuo crecimiento del lenguaje, exclamaba (1): «¿Qué ley tan estrecha es esta que quieren que se guarde con tanta religión? Tiranía es intolerable la que nos obliga á conservar estos advertimientos, nacidos, no de razón ó causa alguna, sino de sola presunción y arrogancia de su ingenio. No se persuadan á creer con lisonja que solos ellos poseen las inmensas riquezas del lenguaje español. Porque no es este ya el tiempo en que se ocupaba la admiración de los hombres con cualquiera cosa. Ya osamos navegar el anchísimo Océano y descubrir los tesoros de que estuvieron ajenos nuestros padres. Enderezando el curso al clarísimo Septentrión, podemos pasar y vencer dichosamente mayores peligros y tempestades que los antiguos argonautas».

Atenido á estos principios, que parecen copiados de un tratado de Filología moderna, pasó Herrera su vida en pulir y hermohear la lengua castellana, aquilatando sus frases y modos de decir, vistiéndola y adornándola con galas lucidísimas y aun poniendo miramiento especial en la ortografía, en la cual introdujo novedades que no carecen de importancia. Es cierto que su estilo se resiente todavía de aspereza y bronquedad, y que le falta aquella limpieza, claridad y armonía que había de adquirir más adelante en las plumas de Lope de Vega y de Cervantes; pero en lo que toca á la magnificencia del lenguaje, robustez de estilo y osadía para inventar palabras y giros nuevos, nadie ha ganado al cantor de la batalla de Lepanto. «Honor de la lengua castellana y su Colón primero» (2) le llamaba Lope de Vega, autoridad suprema en esta materia, y hablando

(1) Página 569.

(2) En la dedicatoria á la comedia *La viuda valenciana*.

de sí propio confesaba (1): «Nunca se aparta de mis ojos Hernando de Herrera». «Esta es elegancia, esta es blandura y hermosura digna de imitarse», repetía al citar versos del gran poeta; y después de copiar aquella soberbia estrofa en que el vate sevillano representa al Betis alzando la venerable barba, revestida de verde musgo, removiendo el movable cristal de la sombría gruta y cubriendo la undosa ribera tapizada de perlas, púrpura y esmeraldas, exclama henchido de patriótico alborozo: «Aquí no excede ninguna lengua á la nuestra; perdonen la griega y la latina».

El ejemplo de Herrera, como queda indicado, no fué perdido ni sin consecuencias; su voz no resonaba en el desierto, sino en medio de muchedumbres dispuestas á escuchar sus consejos, y que, estimuladas por ambición nobilísima, iban á enaltecer los blasones literarios de nuestra nación y perpetuarlos en monumentos que vivirán mientras viva la lengua castellana.

La capital de Andalucía fué el teatro principal de sus heroicos esfuerzos. Allí, vivificados por los rayos de aquel sol hermosísimo, á la sombra de los naranjos y de los limoneros, embriagados por los aromas que perennalmente se desprenden de la tierra feracísima, y halagados por el rumor de las fuentes que saltan bulliciosas en los alegres patios, los espíritus de estos poetas ilustres se abrieron á la contemplación de la belleza ideal que reluce en las cosas, y henchidos del más generoso entusiasmo, la cantaron en versos magníficos, traspasando á las creaciones de su fantasía, á sus canciones, á sus odas y romances, toda la brillantez de colorido y la pompa y exuberancia de vida que veían desenvolverse en la naturaleza que los rodeaba. Allí Gutierre de Cetina exhalaba en versos dulcísimos la expresión de los afectos más delicados. Allí Francisco de Me-

(1) En el *Papel sobre la nueva poesía*.

drano, imitador feliz del vate de Venusa, realizaba en correctísimas estrofas las grandezas y las vanidades del hombre. Allí el noble Arguijo ostentaba en fáciles sonetos una grandilocuencia que suspende la imaginación y arrebató y transporta el entendimiento. Allí el festivo Alcázar derramaba á manos llenas la gracia y el donaire, y enriquecía el hablar común con epigramas sazonadísimos, tan delicados como los de Catulo y más limpios y honestos que los de Marcial. Allí Pacheco, Quirós, Salinas, Mosquera y otros mil ilustraban en poesías admirables la dulzura y la majestad de la lengua castellana, y á porfía la adornaban y engrandecían.

La chispa del entusiasmo poético, que tan vivas llamas había levantado en los ingenios sevillanos, prendió muy pronto en otras partes. Granada, la ciudad de las tradiciones y leyendas, asiento predilecto del arte, y donde el espectáculo de la naturaleza, los esplendores de su cielo y los monumentos de su historia hablan de continuo á la imaginación y la avivan y enardecen, vió florecer aquella su famosa escuela, inspiradora de los romances moriscos, y en Gregorio Silvestre, Gonzalo de Berrío, Barahona de Soto, Tejada Páez, y otros ciento inflamarse el estro poético hasta emular la gloria de Virgilio y de Horacio y eclipsar los versos suavísimos del cantor de Laura. Antequera presentaba en Pedro de Espinosa un modelo insuperable de pureza de estilo y de fantasía vivísima y apasionada. Córdoba ofrecía en Pablo de Céspedes un émulo de Miguel Angel en la cuádruple corona de pintor, escultor, arquitecto y valentísimo poeta. Salamanca saludaba en el maestro Fr. Luis de León la gloria más alta de la poesía española y el vencedor de la clásica antigüedad. Valencia se ufanaba con el insigne Francisco de Aldana y Rey de Artieda; Zaragoza, con los hermanos Argensolas; Ronda, con Vicente Espinel; Guadix, con Mira de Mescua, y, en fin, no hubo provincia, ciudad ó pueblo